

MANIFIESTO

DESPUÉS de una lucha a la que pusimos nuestros mejores empeños por verla coronada con los laureles del triunfo, y en la que veíamos a través de nuestra sencilla mirada la victoria decisiva de las democracias que ansían liberación positiva y mejora radical a sus difíciles medios de vida, —que una condena parece que se alzara inexorable— para someterlas por perpetuidad a humillación y sacrificios; después de esa lucha que por cierto degeneró en ruin pugilato de intereses y en la que banderas y principios fueron arriados por la corriente avasalladora del convencionalismo y que en ningún campo, —hay que confesarlo,— ni en propios ni en extraños, había donde aplicar la frase de Francisco I: *Piérdase todo, menos el honor*; después de este naufragio moral en que la dignidad de la República colgó a media asta su crespón de duelo por el gran fracaso de sus instituciones y el amargo desengaño de sus hombres, volvemos al templo de nuestros cariños y reverentes doblamos la rodilla en el altar del trabajo.

Y no vaya a creerse que el desencanto político pone fuego a nuestro verbo y lo impulsa a ser hiriente y corrosivo para los que burlan la genuina expresión del pueblo. No; demasiado sabemos que la antiguaya electoral incuba sus efectos en las aulas del gobierno. Tampoco escapa a nuestra deficiente penetración el aparatoso mecanismo con que hacen alarde nuestros hombres de Estado para cubrir con visos de legalidad la inmundicia más acabada, pues, todo consiste, en la más o menos inteligencia y en la mayor o menor perversidad.

Ingenuo sería declarar que se nos sorprendió en nuestra buena fé de creyentes. Basta echar una ojeada retrospectiva a nuestra vida política para convencernos que no es nuevo el desengaño: que hay marcada una norma de conducta por la cual se siguen invariablemente nuestros gobernantes; que políticamente hablando, Ascensión Esquivel, no es menos que el actual Presidente; que así, por rara coincidencia, todos rivalizan por entrar al "cementerio del olvido político" sobresaliendo, cada cual, en desaciertos. Tal vez hagan esto por elevado orgullo de raza.

Si es cierto que todo esto no era nuevo para nosotros, también es cierto que hay leyes evolutivas de progreso humano. Esperábamos pues que la fuerza anónima llamada pueblo, —en confirmación a estas leyes— hiciera efectivos sus derechos. Tal fué nuestra visión. De allí que alzáramos bandera. De temperamento luchador, la lucha es nuestro campo.

Si a más de las recibidas, echamos en nuestro fardo de experiencias esta nueva lección, no por eso vamos a cruzarnos de brazos y esperar que la misericordia divina venga a este campo de Agramante a reformar el viciado organismo político que nos subordina como grillete al presidiario, ni cobardemente vamos a llorar sobre las ruinas de la República.

El tiempo con nuevos hombres, se encargará de romper cadenas.

Entre tanto, seguirá nuestra pluma laborando por el bien común y actuaremos en más amplios horizontes.

Así pues, de pie, frente a las cajas, colocamos los tipos que dan vida al pensamiento, a la par que las prensas en su bullicio incesante, pregonan las salmodias de TRABAJO Y VIDA.

DE PIE EN EL SURCO

DECÍAMOS un día de estos en un periódico de jóvenes —que es a estas horas tribuna de desesperanzas— para que escribir? como cediendo al impulso de un escepticismo. Para qué luchar? grita el empeño al primer escozor de la derrota, cuando ve caídas por el suelo, y pisoteadas las flores del anhelo. Para qué? es la interrogación, si las puertas no se abren con palabras, ni las murallas se rompen con discursos. Para qué?, si especialmente en nuestro medio la labor intelectual es despreciable y desoída. Allá, bajo otros climas, las prédicas pudieron orientar un movimiento porque la simiente cayó en el surco abonado de las caricias emancipadas. Pero aquí, donde gritamos por la mañana ante las multitudes con todas las valentías teóricas que permita el entusiasmo, y por la tarde, espantados de nuestra participación en el movimiento, nos escudamos tras parapetos de pusilámines prudencias; aquí donde se habla y se escribe y se gesticula porque no se abra como lo pide la trascendencia de la hora, aquí donde hay más declamadores que soldados, hasta estas mismas lides de la prensa son inútiles, aún más, ridículas.

Y, sin embargo, aquí estamos, porque también es cierto, que la infamia, la corrupción y la complicidad, todas esas manifestaciones del mal, como un mar de cieno nos invaden, sin que vaya quedando ya, en toda la extensión que abarca la vista, un sitio para el bien, y es un deber de los que no tenemos empacho en confesar la verdad con toda su amargura, luchar por los altos intereses de la comunidad.

Este paladín que supo levantar su voz y su estandarte de reivindicación en otras horas, vuelve hoy, conciente de su cometido, y sobre aviso en los obstáculos y los tropiezos de su camino, con la cifra de un desencanto más en su bandera, a la ar-

dua lucha que impone la situación azarosa y desesperante que vive ahora Costa Rica, en sus negocios, en su riqueza, en sus ideales y en sus instituciones.

Estamos frente a una crisis que tiene todos los caracteres de un desastre. Las gentes van de oficina en oficina ofreciendo sus servicios; de los talleres se despide a los operarios; las industrias merman el número de sus brazos; los mendigos, por todas las calles, de puerta en puerta, con medalla o sin ella, parece un regimiento en retirada; y los obreros piden aumento de salario o disminución de horas de trabajo. Estamos cara a cara a la miseria, sin que se noten en el horizonte señales de mejoría. Todo eso urge decirlo, en todos los tonos, con la resolución que imponen las situaciones difíciles. Y es que hay que confesar que a las horas de ahora, no hay un periódico —haciendo excepción de dos pequeñas tribunas— que plantee con valentía el problema que nos preocupa. El espectáculo de aviación, las politiquerías maliciosas, las crónicas de policía, tienen en esos diarios mayor importancia que los anhelos del pueblo.

A eso viene HOJA OBRERA, a servir de reducto a los explotados para que disparen hacia las torres egoístas de los exclusivismos y privilegios, a cuya sombra viven los tiranos del oro y del poder. Viene con mayores bríos a la conquista del bien, en contra de las podredumbres y las desvergüenzas triunfantes, a esta hora en que hasta los que ayer estuvieron en nuestras filas luchando como bravos, aramban hacia otros campos de mejores perspectivas para su talento y para su decisión. Y estaremos satisfechos si al finalizar nuestra jornada sabemos que hemos ahorrado una lágrima o una hamure a las desventuras proletarias.

Mario del Valle

San José, Enero 23 de 1914.

Por las clases humildes

No soy autoridad en materias que nos atañen, pero en mi calidad de obrero, tengo derecho a exponer mis ideas y a señalar hasta donde alcance, los tópicos porque atraviesa la inmensa caravana; y a dar una voz de aliento a mis compañeros de infortunio, a los que conmigo cruzan las estepas heladas de Siberia, donde las teocracias y todas las oligarquías, unidas con lazos de divinidad, confabuladas todas, nos explotan en nuestra miseria.

En estos países se presentan ya los mismos problemas sociales que en la vieja Europa: la miseria explotada y las clases dirigentes convertidas en verdugo del pueblo.... Y nosotros creyendo siempre en las palabras de los que aspiran a mandarnos, nos dejamos seducir por sus melifluas voces de sirena y con paliativos nos acallan cuando formamos tumultuosa gritería; como esos médicos hacen con el enfermo incurable que tratan, al administrarle drogas con base de opio....

¿Qué ha hecho el gobierno actual para solucionar satisfactoriamente los graves problemas a él encomendados?

Todo lo contrario de sus juramen-

tos, la más triste de las palinodias cantada con los hechos, al extremo de ser hoy el reverso de la medalla que aller el pueblo bendecía: en lo económico el gran fracaso, en lo político.... jabón resvalando sobre la ropa sucia de una batea.... y en todos los ordenes de cosas, fracasos y más fracasos: los artículos de primera necesidad gravados con fuertes impuestos para que el pueblo se muera de hambre; el Presupuesto aumentado y se dá el *taco* de traer máquinas de guerra a este país que vive de rodillas ante la paz más denigrante, y crea legionarios el que ayer juró guerra a la milicia!!

Y las virtudes cívicas del texto de marras? ¡Oh! eso fue reclamo para surgir.... como lo hizo con el banano y el odio fingido a yankilandia!

Ha laborado remachando los grilletes de la esclavitud que pesan sobre nosotros como una maldición eterna. Esa es su labor y la historia, la posteridad se encargará mañana de colocar su nombre envuelto en un crespón y un epitafio que diga: *un hombre más que defraudó las esperanzas de su pueblo.*

"Pan, paz y libertad" dijo en su fa-

moso mensaje, y nosotros —crédulos siempre— lo aplaudimos!

Libertad y paz, fueron nuestro patrimonio siempre; pero el pan nos lo quedó debiendo! Habráse visto otro lugar más azotado por la miseria que el nuestro. Le recomiendo que vaya como cierto rey hizo, de incógnito, sin cortesanos que lo engañen, y penetre en los hogares de la inmensa mayoría. Si tal hace, presenciara los cuadros más tristes de la miseria: un rancho pajizo por donde entra el viento y la lluvia, donde viven ocho o más niños desnudos flacos y macilentos. Espere la hora del almuerzo si tiene valor para tanto: en escudillas de barro en *huacales* otras veces, vera V. cuando tienen la suerte de encontrar alimenios, unos guineos y cuatro frijoles sin manteca. De allí, de la mala alimentación, esa mortandad de niños como no la hay en ninguna parte del mundo. ¿No son los gobiernos los responsables de todo eso? Claro que sí.

¿Los bancos hipotecarios y las vías de comunicación? Palabras, ilusiones que la realidad echó a rodar al contacto de su descamado esqueleto! Ved la explotación por todas partes: la usura con sus mil tentáculos, la abogacía consumiendo montones de papel sella-

do que el pueblo paga, y la justicia.... por las nubes, la medicina cara, los ferrocarriles caros, y caro todo; sólo son baratos los jornales. ¡Triste irrisión de las clases humildes!

En sólo cuatro cuartillas no se puede señalar los cánceres de que adolecemos ni se puede acusar a los prevaricadores y a los protervos.

Una enseñanza sí: que no esperemos de la política el triunfo de nuestros ideales, sino de nuestro trabajo y nuestra unión. Hagamos un esfuerzo y unamos nuestros elementos, formando con ellos una roca de granito, encadenemos a los eternos explotadores del pueblo, cual, otro prometeo. Del círculo que nos ha gobernado siempre, tenemos las enseñanzas: deudas y más deudas. Todo lo que venga en nuestro propio bien será debido a nuestro trabajo y unión. UNÁMONOS PUES.

Un obrero

En cartago

Contamos con los oportunos servicios de nuestro apreciable compañero y amigo don Leonidas Moya, quien tiene a su cargo la agencia de nuestro periódico, y atenderá con gusto toda solicitud o reclamo de los señores suscritores y amigos.